

CASTELLET O LA ETICA DE LA INFIDELIDAD

Minutos después de habernos leído Castellet el prólogo de los "Nueve Novísimos" dichosos, bajaba la escalera de su casa con Félix de Azúa (otro de los implicados) y comentábamos; en el libro, el que quedaba mejor de todos es el propio Castellet. "Nos es relativamente infiel", comentó Azúa con profundísima comprensión. El público no lo ha entendido así, salvo excepciones, y Castellet ha quedado tan "novísimo" como nosotros nueve y me atrevería a decir que más insultado incluso. Porque a un servidor le han llamado chismorrero y a Gimferrer "Celia Gómez", pero a Castellet le han llamado ignorante e infiel. Son cargas de profundidad. Son insultos serios. Científicos diría, de no temer devaluar una palabra que tantos respetos merece.

Pero ahora a Castellet le han dado un premio de medio millón de pesetas. Un jurado serio (de *Lain Entralgo* para arriba), una editorial en plena cirujía estética (Taurus) y un trabajo de investigación literaria sobre la obra de Espriu (poeta más que serio; diría yo, grave). Tres ingredientes demasiado respetables para cualquier sospecha de trivialidad. Hasta tal punto la respetabilidad coyuntural afectó al propio Castellet que en la mañana de proclamación del fallo apareció en los locales de Taurus sin el disfraz de "hippy" que tanto ha escandalizado a los televidentes de la contraportada de "Nueve Novísimos". Era aquel día un Castellet precientífico y semimillonario, con corbata, emitía sonrisa de protagonista y las canas bien domadas, así en la barba como en las sienes.

Ahora veo al Castellet de su oficina de producción cultural. Una de esas oficinas mitificadas desde el agro como caverna cibénetica al servicio de la industria cultural barcelonesa. La industria cultural en la que trabaja Castellet no huele a déficit, pero ni asomo de aroma de superávit. Es una industria para ir tirando. Castellet lleva suéter de cuello alto y traje con solapas, como manda la ciencia de la realidad. Es muy amable en las respuestas telefónicas y se oculta con amabilidad. Es decir, a cualquiera de los que pregunten telefónicamente por él, sin resultado, le queda el convencimiento de que Castellet lo ha sentido mucho, y sólo la envergadura de los acontecimientos en que está metido justifica la infidelidad telefónica.

Castellet dice que el libro sobre Espriu es una indagación:

—El libro es un recorrido policiaco sobre la obra de Espriu. Empieza por una descripción de los poemas, por una lectura al pie de la letra. De esa lectura vacío las citas, los materiales, los temas más insistentes, los indicios, yo los llamaría así, porque signos se ha con-



vertido en una expresión ambigua. A partir de esos indicios empiezo una búsqueda de las fuentes de los poemas de Espriu, y así hasta recomponer el rompecabezas una vez conocidas las piezas una a una, su interrelación.

Este hombre, que ha cambiado el papel de Beria literario por el de inspector Maigret, se presta a la excavación arqueológica. En la arqueología de Castellet, la excavación más profunda encuentra al crítico de "Notas sobre novela española", años cincuenta, descubrimiento de otros colores al margen del azul y, de pronto, la realidad. El siguiente estrato arqueológico es el Castellet que descubre las reglas del juego estético: hay un sujeto bicultural que crea la obra literaria. El que la escribe y el que la lee. Pero la obra, realmente, es de quien la lee. No hay duda, es "La hora del lector". En esta bendita entrega a la otredad hay sociologismo lukacsiano, mística machadiana y "nouveau-roman". Remuévase bien y tómese con limón y menta. Las excavaciones ya se acercan a ras de suelo. Encontramos el Castellet

coexistente pacífico de Veinticinco años de Poesía Española. El hilo histórico conduce de la discordia a la reconciliación nacional, del mismo modo que el hilo poético va del simbolismo a la REALIDAD, es decir, al REALISMOOOOOOO. Hasta aquí, Castellet tenía bien clasificados a sus amigos y enemigos. Le odiaban los lectores habituales de García Nieto y Federico Muelas. Le idolatrabán los drogadictos de Blas de Otero y López Pacheco.

Muchacha, muchacha mía, otra vez te besaré aunque el amor todavía prohibido esté.

CUESTION DE METODO

—En la indagación sobre la poesía de Espriu he ensayado un método de conocimiento literario que me ha sido muy válido. No, no puede decirse que me haya ceñido a una descomposición semántica del texto, a un «bricolage» a lo Barthes. Creo que el método debe estar en función de la obra investigada. La

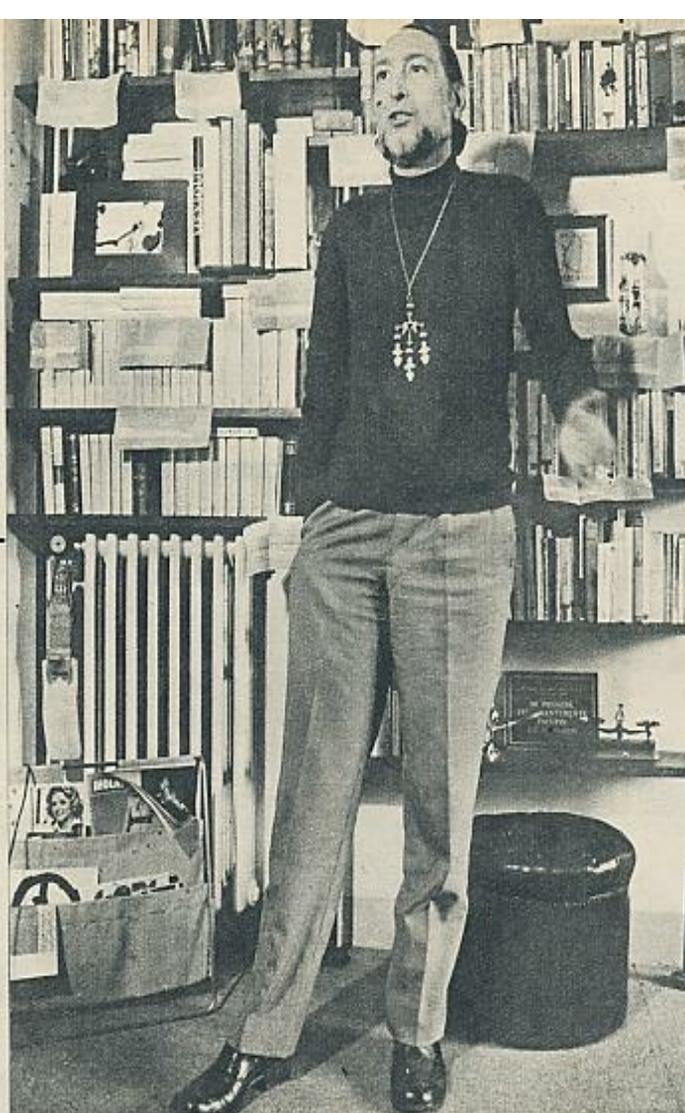
obra, en cierta manera, requiere un método a su medida. Incluso considero muy lícito ensayar distintos métodos críticos según las partes de una obra, porque realmente una obra y, sobre todo, una obra moderna, raramente tiene una estética unitaria. Me refiero, sobre todo, a las novelas actuales. El método que he empleado en lo de Espriu es el resultado de una serie de influencias culturales, de lecturas situadas en torno a 1964, 1965 y hasta ahora. Es el ecuador de nuestra crisis, de la crisis de los escritores del realismo a la española. Yo no permanecí ni por encima ni por debajo de la crisis. No me lavé las manos ante los cadáveres. La padecí como el que más, pero no quise morirme entonces. Me pareció un pago excesivo por nuestras posibles superficialidades y nuestros posibles errores. Hice algo mucho más elemental, más modesto, diría. Leí a otros críticos. A los anglosajones, a los formalistas rusos, a Goldman, a Della Volpe, a los estructuralistas franceses y a los que aquí hemos llamado estructuralistas italianos... Cada lectura te abre un horizonte. Es curioso, de pronto leí la obra de un profesor canadiense: "Anatomía de la Crítica"... Northop Frye... Montones de sugerencias. Es algo muy elemental. No mirarse el ombligo. No querer morir. Ver. Leer. Cambiar. ¿La fidelidad? Me parece más estética que ética. Lo ético es comprender y lo científico es comprender mediante los instrumentos más afinados. Día a día. Es una infidelidad continua que empieza contra uno mismo. Nada hay tan reconfortante como amanecer con el bagaje de lo sabido a buen recaudo y viviendo de las rentas. La apertura a la perpetua comprensión es un ejercicio de perpetua soledad en la que no te es dado ni la compañía del que tú mismo has sido el día anterior. Bien. Es cierto. Un día comprendí que mi instrumental estaba oxidado, envejecido y eso fue todo. Con ese instrumental he podido realizar este trabajo sobre Espriu. Con el anterior, imposible. Ya hubiera iniciado el trabajo con la idea preconcebida de demostrar que Espriu es un poeta civilmente utilizable y el resto apenas interesa. En efecto, Espriu es un poeta civilmente utilizable, pero su obra es un cuerpo cultural autónomo que merece un ejercicio de aproximación y aprehensión.

—Ya hay una lectura establecida de Espriu...

—Es cierto. El país está lleno de gente que sólo lee lo que quiere...

—Lo que puede.

—Lo que quiere... Son precisamente los casos más graves, porque suelen ser gentes bien dotadas para saber leer. Espriu es para ellos un poeta civil catalán. Y lo



La infidelidad y su ética: «Seamos científicos, por favor. El salto lo di a través de la acumulación de negaciones a mis presupuestos anteriores y sus resultados.

Pero, claro es, nunca se establece una negación total con lo anterior, sino una síntesis».

es. Pero también se trata de uno de los escasos modelos de la forma enciclopédica que nunca ha dado nuestra cultura. Un poeta con un universo rico, cerrado, hermético, lleno de claves que escapan en un ochenta por ciento a los malos lectores voluntarios y fatales. La sabiduría convencional dicta: Espriu, poeta de protesta influido por el Eclesiastés. Una crítica de instrumental sociologista es incapaz de desmontar esta pobre convencionalidad.

—¿Tú te atreverías hoy a presentar conclusiones sobre la obra de Espriu?

—Ahí está la obra premiada para demostrarlo. Aparece un Espriu insospechado, influido por la mitología egipcia, por la Biblia, por la mitología griega, por la mística judía, por la teología negativa, por los pensadores y trágicos del barroco. Aparecería el fondo del pensamiento de Espriu que es la búsqueda de una filosofía perenne y finalmente se comprenderían mucho mejor las claves políticas de Espriu. El libro es un recorrido a lo largo de esta indagación de Espriu. Para seguirla, he tenido que recorrer pistas culturales increíbles: la Biblia, los textos de los teólogos negativos, literatura egiptológica.

—Es curioso, pero estás dando connotaciones culturales que fijan muy justamente el tiempo cultural de Espriu, un ex alumno de la Universidad Autónoma de la preguerra, rezumante de neoclasicismo, fascinada por el ocultismo y el exotismo cultural. Hoy ese bagaje cultural es irrepresentable. Lo que me cuesta es ligar todo eso con la actitud civil de Espriu.

—Espriu es un hombre condenado al infierno de la existencia. En su poesía, esa situación de partida infernal es continua y a partir de ella se inicia una ascensión, por un proceso equivalente a la ascensión mística, hacia la nada..., hacia las palabras blancas de las que nos habla. Como punto intermedio en esa ascensión, como instrumento de arraigo y defensa están las palabras, la palabra redime al hombre y de ahí la urgencia en salvar las maltratadas palabras de la lengua catalana en los años cuarenta. Frente al infierno de partida de la guerra civil, la palabra y el diálogo, pero en el fondo, el convencimiento del final del viaje en una nada de palabras blancas. Espriu es un puñetero que se complace en despistar al lector. Incluso sus declaraciones sobre su propia poesía son camuflajes alevosos. Nunca ha clarificado la presencia del Libro de Job en sus escritos, y está. Nunca ha clarificado la constante del mito de Edipo, y es de una operancia continua, reveladora.

—La pell de Brau no encaja mucho en todo eso.

—Es el libro más atípico de Espriu, aunque no tanto como parece. Pero todos los demás están fuertemente trabajados, se complementan, hacen congruente un mundo, un universo referencial perfectamente continuo.

LA ETICA DE LA INFIDELIDAD

—Es cierto. Es el título de mi próximo libro.

El cura Aguirre, cerebro cultural de la cirugía estética de Taurus, ya anunció en la proclamación del fallo, el título y algunas características de la próxima obra de Castellet.

—Es una cosa corta. Muy corta. El cura Aguirre ya dijo que era una cosa corta, muy corta, pero curó la salud del libro de Castellet diciendo que El Discurso del Método tiene unas ochenta páginas. La dedicada a Espriu, en cambio, no parece una obra infima.

—En canal debe pesar sus buenos dos kilos. Es una obra sólida. La ética de la infidelidad, en cambio, será una obra infima en la que expresaré algunos de los principios que ya hemos debatido en la entrevista.

—Háblame de ese momento de los años cincuenta en el que, camino de Damasco, un rayo de gracia insospechada te apea del burro.

—Seamos científicos, por favor. El salto lo di a través de la acumulación de negaciones a mis presupuestos anteriores y a sus resultados. Pero claro es, nunca se establece una negación total con lo anterior, sino una síntesis. No es que yo ahora me pronuncie por un ejercicio autónomo de lectura autónoma de la literatura autónoma. La literatura está implicada en un tiempo y este nivel de análisis puede acometerse desde el sociologismo. Pero no es el único. Ni siquiera es el más válido para comprender incluso las cargas ideológicas que pueda tener la obra...

—Estamos en mil novecientos sesenta y seis y tú estás aprendiendo a leer...

—Siempre se está aprendiendo a leer...

—Tú has descubierto la coartada perpetua del infiel perpetuo. Antes de que amanezca tú negarás tres veces a los nueve novísimos...

—Yo nunca he afirmado sobre ellos nada que no fuera objetivo y que no pudiera derivarse de su lectura.

—Pero la gente ha interpretado el libro como una presentación en el templo de nueve retoños tuyos dispuestos a la circuncisión.

—La gente adecúa sus esquemas mentales a los dominantes en la sociedad en que vive: no hay que ol-

vidar que es una sociedad de jefes y pontífices y realmente leyeron el libro como una pastoral...

—Y tú, infiel donde los haya, les traicionabas porque, yo diría que por primera vez no hablabas ex cátedra.

—Esto lo ha visto muy bien Félix Grande en el cuadernito sobre poesía española que ha publicado Taurus. Es cierto. Además, el libro cumplía y cumple algo inexcusable en toda obra cultural: una tarea de agitación, de revulsión. Esto era especialmente necesario en esta España Sagrada tan reconsecrada en la que lo sacramental lo impregna todo, hasta a los ateos científicos.

Castellet trabaja ahora en el prólogo a la edición francesa de La Reivindicación del conde Don Julián, de Juan Goytisolo, y en otro prólogo a los escritos de Trilling sobre crítica literaria.

—Creo que es un buen momento para leer a Trilling. Su llegada a España a comienzos de la década de los sesenta fue precipitada. Era incomprensible entonces una posición crítica como la de La imaginación liberal. Las cosas ahora han cambiado y lo cerril es que todo esto se interprete como abandonismo, como escapismo. Yo comprendo en muchos tipos (en el buen sentido de la palabra) humanos la necesidad de un cuerpo escaso y sólido de verdades. Pero el intelectual tiene la obligación científica de sorprenderse, indagar, matizar...

—De ser infiel...

—A según qué cosas.

LAS COSAS, EN SU SITIO

—Cuando releo las notas que tomé a lo largo de la entrevista con Castellet han pasado algunos días. El clima de la ciudad, del país, del mundo intelectual y de todos los mundos que sobreviven y se mezclan sobre nuestro suelo ha cambiado. La realidad histórica ha roto el mundo de cristal crispado, quebradizo, histérico más que histórico, en el que empezaba a formalizarse la neurosis compartida por nuestros estamentos culturales. Esta charla con Castellet se me sitúa ahora en su verdadero lugar, del que nunca debiera haberse apartado la polémica interna de la cultura progresiva. En Burgos se está celebrando un Consejo de Guerra. La ETA ha raptado a un diplomático alemán. Se viven horas importantes...

Castellet puede vivirlas como el que más. Lo cual no le impide estudiar mística judaica para descifrar a Espriu, ni comprender que en este logro le es más válida la Anatomía de la Crítica del señor Frye que Arte y Sociedad, del amigo Plejanov. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.